

La interpretación hermenéutica: En defensa de una teoría integrada desde la obra de Paul Ricoeur

Carlos Emilio Gende (Universidad Nacional del Comahue)

1. ¿Universalidad de la interpretación?

A partir del giro interpretativo la filosofía contemporánea reorienta sus pretensiones, pues asume que las condiciones de nuestra experiencia de sentido deben rechazar tanto la ambición de certeza y de captación de contenidos inmediatos en la conciencia, como la afirmación de una objetividad independiente a los procesos de formación histórica; de ese modo, contribuye a la crítica del fundacionalismo.

Sin embargo, nada de ello la conduce necesariamente a defender el sinsentido -al menos no ocurre en la versión que comentaré-. Digo esto aún si le adscribimos a la interpretación un carácter constitutivo de suficiente radicalidad como para volverse irremediable.

En efecto, las teorías de la interpretación muestran, al nivel de metateoría filosófica, el carácter mediado de nuestros tratos con el mundo; en el caso específico de las de cuño hermenéutico, lo hacen según procesos de formación en base a signos, símbolos, textos, a partir de cuya estructuración el trato debe describirse de modo inferencial, conjetural y sujeto a permanente revisión. Y en el caso más específico aún de la obra de Paul Ricoeur, el largo rodeo por los objetos, acciones inscriptas, instituciones y representaciones de la cultura, procedimiento necesario para volver sobre nosotros, pero transformados, se sostiene a partir de una descripción de nuestro vínculo con el mundo según una condición básica, ante predicativa, de la que resultará un tipo comprensivo específico -según cómo se establezca-, pero siempre desde una experiencia de sentido en la que todo se me ofrece como otra cosa, según procesos dinámicos de configuración que se estabilizan transitoriamente.

Por cierto, esta pretensión omniabarcante y masiva, ha sufrido severas críticas que intentan desmentir su capacidad heurística para describir nuestra relación vincular con el mundo. Las objeciones van desde imputar, con Maurizio Ferraris (1998: 23-27), una equivocidad en el concepto de interpretación, que la Hermenéutica como disciplina filosófica habría intentado ocultar a los fines de preservar su unidad histórica, hasta sostener, con Ramón Rodríguez (2013:10-22), que esta equivocidad se traslada a la obra de un mismo autor, tal el caso de Ricoeur, quien habría pretendido sostener su empresa a costa de no resolver este escollo.

Al respecto, me interesa defender que precisamente los rasgos que acabo de asignar para la interpretación no sólo no resultan de una confusión conceptual entre objetivos inconciliables, sino, al contrario, que tenerlos a todos en cuenta mostrará la importancia de su contribución. Por ejemplo, que explicitación no va reñido con mediación realizada por inferencias, si las describimos como resultado de configuraciones provisorias. Para ello, mi argumentación se dirigirá en especial a revisar las objeciones de Rodríguez, dada su pormenorizada evaluación de la obra de Ricoeur.

2. Explicitación e inferencia abductiva

Ricoeur sostiene que la relación vincular mediada según la estructura del “algo en cuanto algo” o “algo como otra cosa” muestra que la actividad interpretativa consiste en desplegar, explicitar, las posibilidades abiertas por esa relación. Sin embargo, se objeta, no habría modo de relacionar este rasgo de explicitación acerca de cómo se dan nuestros tratos perceptivos con el que pudiera esperarse en el modo simbólico o en el trato con textos. Si con estos últimos lo que se pretende, pareciera, es desocultar un sentido latente a partir de lo manifiesto o revelar un sentido más claro a partir de cierta confusión o complejidad inicial en el acto de lectura -para lo

cual sería importante contar con una actitud interpretativa-, en la percepción cotidiana, en nuestra relación con aquello a la mano, debiéramos admitir precisamente lo contrario, es decir, que la relación está dada sin más, sin necesidad, por ende, de mayores añadidos, como los que se pretende con una artificiosa mediación interpretativa. También Richard Shusterman, objeta a los interpretativistas ignorar que hay determinadas experiencias habituales que precisamente por ser tales no muestran la incidencia de lo interpretativo, según los rasgos que ofrecimos para caracterizarlo (1991: 102-128). Su argumento apunta a mostrar que habría cierta espontaneidad lo suficientemente habitualizada, incluso en nuestras conductas lingüísticas, como para no ameritar interpretación, que sólo viene a introducir la supuesta necesidad de una mediación donde pareciera que puede prescindirse de ella, en tanto no contribuye a elucidar mejor el fenómeno en cuestión.

Al respecto, sospecho que se trata de un tipo de crítica que omite distinguir si lo que se objeta es en función del trato tal o cual de un individuo en una situación específica en la que tiene que arreglárselas para resolver su cotidianeidad, situación describible tal vez desde el punto de vista de los estados mentales que requieren más o menos conciencia para realizar una acción, o de las condiciones que hacen pertenecer a ese individuo a una cultura, sociedad, época histórica, lengua; rasgos estos, a su vez, que no necesariamente deben adscribirse como determinaciones limitadoras, sino como horizontes de posibilidad.

Así, si la objeción recae sobre los presuntos estados mentales que debiéramos considerar para establecer el trato con un objeto o acción habitualizados (una tiza que tengo en la mano cuando estoy frente a un pizarrón, el ascenso o descenso de una escalera; tales los ejemplos que se ofrecen de trato inmediato) es claro que nuestro comportamiento no suele mostrar en esos casos demora ni transición como para pretender que haya allí actividad consciente de tipo interpretativa. Pero si lo que se interroga es por la índole de aquello que se me ofrece como habitualidad, el defecto de la crítica que debería ser revisado es suponerla sin más como “lo dado”.

Por cierto, la crítica de Rodríguez, aun cuando recurre al mismo tipo de ejemplos que Shusterman, va más a fondo, pues se ubica en un contexto teórico compartido con nuestro autor. Lo cito en extenso:

El “algo en cuanto algo” de la *Auslegung*, que, no olvidemos, no supone verbalidad alguna y es presentado por Heidegger a partir del simple trato con los objetos de mundo, incluyendo la simple percepción de ellos, es explicitación en un sentido muy preciso: el aparecer en un momento dado de esta tiza como tal tiza ejecuta, pone en obra y en este sentido hace explícito, el sentido de este objeto que es ya tenido...por mí por el simple hecho de vivir en el ámbito de la enseñanza. Cojo la tiza y escribo en la pizarra o entro en la clase y veo la tiza encima de la mesa [...] ¿se me da un algo ambiguo, un bulto amorfo que me obliga a realizar un cierto trabajo de interpretación para verlo como tiza? En absoluto. En la explicitación como desarrollo del estar ya en el mundo no hay -no tiene por qué haber- ambigüedad en la donación ni mediación en el desarrollo. En efecto, lo que aparece, la tiza, es un sentido determinado que se muestra como tal en el uso o en la percepción; no aparece como algo indeterminado que precise una determinación que lo fije interpretativamente ni como algo abierto susceptible *prima facie* de múltiples usos. No, es una tiza y aparece así, como tal, sin equívocos, desde el comienzo. [...] Para que pudiéramos hablar de interpretación en este punto tendríamos que entender la situación de manera completamente distinta: que, por así decir, lo que nos sale al encuentro, la tiza, se mostrara como algo indefinido, que no se sabe bien qué sentido tiene y que fuera el horizonte de precomprensión, el pre-juicio, quien le diera un sentido,

fijándolo. Heidegger ha rechazado permanentemente un esquema similar, de cuño neokantiano, cuando negaba una y otra vez que lo inmediatamente dado fueran haces de sensaciones que luego fueran interpretadas como objetos: lo que se da es siempre un sentido (Rodríguez, 2013: 19, 20)

Al respecto, dos observaciones:

1) no sólo Ricoeur, sino antes que él Peirce, a quien Ricoeur cita en ocasiones importantes, ya nos había enseñado que la interpretación no es un añadido posterior, de carácter subjetivo, a un primer trato sensorial, objetivo. Así, no hay descomposición posible en el percepto, pero no porque esté dado, sin más y completo en su sentido (como pretende la crítica que se hace a la partición del momento objetivo y el posterior subjetivo) sino porque nuestro acceso cognitivo/realizativo es siempre a partir de un *representamen* que me reenvía a un objeto “inmediato” -dirá Peirce- gracias y según un determinado interpretante.

Ahora bien -y entonces contra toda pretensión de acceso inmediato- este proceso sólo puede resolverse vía inferencias, siendo la abductiva la de mayor productividad. De este modo, el proceso no es inferencial abductivo sólo cuando me hallo ante una situación que ameritaría interpretación porque me resulta confusa o se presta a malos entendidos, o su significado es para mí incierto. Lo es, y en este sentido siempre lo es, porque nuestro trato particular con una situación tal o cual depende siempre en tanto semiosis de un reenvío posibilitado por un interpretante. La anterioridad, entonces, aún la más habitualizada, nunca es la de lo dado, porque el interpretante es resultado de interpretaciones anteriores, dado que si bien el objeto inmediato se sostiene en un objeto dinámico, éste último no es la cosa en sí, sino objeto inmediato de un dinámico anterior a él; y así sucesivamente. Insisto, no es que sólo ante un fallo de la comprensión necesite de interpretación para resolverlo, sino, al contrario, el fallo me muestra que ya había interpretado, aunque mal; precisamente por haberme dejado llevar por lo habitualizado de la experiencia que no se corresponde en ese caso con una determinada situación. La abducción es apuesta, conjetura, hipótesis, y como tal no sólo corre el riesgo de cometer un fallo, sino que está siempre disponible a un reacomodamiento, incluso a una sustitución.

2) Este carácter provisorio de la conjetura se relaciona con los rasgos que Ricoeur le adjudica al mundo de la vida que oficia de sustento a la interpretación, el cual no consiste en una suerte de donación de sentido pretérita y por ende concluida en su pretensión de verdad. La explicitación del sentido, aún como pre-dado, no es respecto a un mundo inefable que se supone pleno y terminado. Ricoeur destaca el papel paradigmático que puede desempeñar la *Lebenswelt* para la Hermenéutica siempre que

“no se confunda con ninguna inmediatez inefable o se identifique con la envoltura vital y emocional de la experiencia humana, sino que designe esta reserva de sentido, este excedente de sentido de la experiencia viva, que hace posible la actitud objetivadora y explicativa” (Ricoeur, 1975: 68).

3. El papel de la configuración lingüística

Ahora bien, y en favor de la continuidad y retroalimentación del concepto de interpretación en la obra de Ricoeur, la misma caracterización se da para el trato con los textos, aunque aquí se requiera examinar la especial incidencia de la lingüisticidad. Es decir, tampoco aquí la explicitación, que ancla en el mundo de la vida, supondría no poder dar de sí más que la reiteración de lo ya sabido, de otro modo -con mayor claridad tal vez para un saber del presente-, pero restringida a “desenrollar” el contenido ya dado.

Al contrario, cabe advertir que tanto para las configuraciones simbólicas como para los textos juega un papel clave la noción de excedente de sentido, noción, sin embargo, que exige una especificidad: con ella no se alude a un segundo sentido que disfrazaría o suplantaría a uno primero, verdadero y único, sino al sentido por venir. Sólo una descripción que hiciera de la interpretación exclusivamente un despliegue de lo ya dado establece una relación con el mundo de la vida como si se tratase de un centro de certezas, de lo ya sabido y a resguardo. Y no porque no haya nada dado, sino porque la descripción sería incompleta si se restringe sólo a la sedimentación de la relación vincular sin recoger su tensión con los procesos de innovación que le anteceden, y le suceden.¹

Es cierto que una hermenéutica de la recolección, como el mismo Ricoeur postuló en sus primeros trabajos para luego desechar, abona esa perspectiva sobre los rendimientos de la interpretación.² Pero ahí lo interpretativo, ligado a una caracterización lingüística que satisfaga ese tipo de actividad, actuaría sólo como proceso de decodificación, se trata de un trabajo de reconstrucción de contenidos previos, según una relación con lo manifiesto que vendría a encubrir otro sentido, latente y no manifiesto.

Por cuestiones de espacio no voy a desarrollar la problemática del símbolo en la obra de Ricoeur, pero en vistas de señalar al menos cómo la supera, un buen indicador es que ya en sus obras tempranas mostró que toda actitud hermenéutica dedicada a recolectar el sentido debía enfrentarse con el desafío de las filosofías de la sospecha; y que una y otra tenían sus buenas razones: la primera, por su ambición de sostenerse en la verdad de una palabra plena y pretérita anunciada *in illo tempore* a la que había que escuchar; la segunda, por su denuncia de todo esfuerzo del entendimiento como falsa conciencia que tiende al autoengaño. Ahora bien, también encuentra ya en ese momento que una y otra emplean una estrategia similar aunque sus objetivos sean distintos, pues ambas presuponen la estructura de doble sentido. De allí que la tarea en común sea decodificar, o bien para oír la palabra plena o bien para desmontarla como producto de intereses de clase, de la voluntad de poder o del trabajo del inconsciente. En cualquier caso, el sentido ya está dado y el trabajo de interpretación consiste en saber remontarlo desde los contenidos manifiestos. Sin embargo, ya ahí Ricoeur encuentra también una vía regia para al menos insinuar lo que sería su empresa posterior, y que supera esta oposición restrictiva, pues reconoce como tercera zona de aparición para lo simbólico a la imaginación poética, destacando con ella el poder que tiene la poesía para poner al lenguaje en estado de emergencia,³ a diferencia de las otras dos zonas que o bien fijan al lenguaje en su “estabilidad hierática” -para el caso del mito y del rito- o bien lo encierran en el laberinto del deseo -en el caso del sueño-: “es el poeta quien nos muestra el nacimiento del verbo, tal como estaba enterrado en los enigmas del cosmos y la psique” (1970: 18).

Llegado este punto, podría objetárseme que mi pretendida búsqueda de unidad en el concepto se apoya demasiado en una alusión a Peirce para el caso de la percepción, como si se tratase de una discusión acerca de filiaciones imputables a nuestro autor: ¿está más cerca de la fenomenología husserliana, a la que propuso injertarle la hermenéutica, o de la faneroscopia peirceana, de la cual se vale en ocasiones sin mayores desarrollos? No se trata de nada de esto, mis alusiones más bien son funcionales a esclarecer las características del modelo operatorio de interpretación que ha propuesto Ricoeur, modelo que llega a su mayor desarrollo con la teoría del lector intérprete del texto, pero que recoge sin inconvenientes los resultados de su examen anterior. En este sentido, mi intento va en un sentido opuesto al de Rodríguez, pues donde él halla una equívocidad insuperable en el concepto, propongo mostrar una continuidad heurísticamente fértil.

¹ En Gende, C., 2005: cap. IV: “el texto como obra de la interpretación”, desarrollo los rasgos de esta tensión.

² En Gende, C., 2007: intento justificar la transformación producida en la obra de Ricoeur respecto a este asunto.

³ Para el caso, cita a Bachelard en su *La poética del espacio*.

Rodríguez sostiene:

“Y es que ciertamente la interpretación como explicitación del sentido precomprendido no es ningún tránsito, en el sentido de una inferencia deductiva o inductiva, un razonamiento analógico, etc. El paso de la tiza implícitamente tenida en la familiaridad con el mundo de la enseñanza a su uso concreto no es en modo alguno equiparable a la interpretación de símbolos o textos: no hay en él un hacer interpretativo, un trabajo que realice el tránsito a la comprensión de lo dado ni mucho menos un discurso que realice la interpretación. Esta se produce inmediatamente. Inmediatez significa inexistencia de paso intermedio entre la donación del sentido y su comprensión. No significa ausencia de implicaciones o supuestos, pues el sentido anticipado por la citada familiaridad podemos entenderlo legítimamente como un supuesto. Pero lo esencial es que esa subposición no es algo oculto en el sentido aparente a lo que hubiera que llegar mediante una inferencia ni algo que haya de ser aplicado en la interpretación, sino algo que está co-dado, dado simultáneamente con el acto perceptivo o de uso. No hay lugar alguno para algo equivalente a la mediación explicativa de la teoría del texto. Por otro lado, no hay ninguna alteración de sentido entre lo implícito y lo explícito: la tiza precomprendida es la misma que la tiza usada. En la interpretación de símbolos y textos, sin embargo, hay siempre un cambio o aumento de sentido en el paso de lo implícito a lo explícito, producto de que lo que primariamente se ofrece es la diferencia de sentidos que presentan la ambigüedad o el doble sentido, diferencia que obliga al trabajo de interpretación. Símbolos y textos se dan a interpretar, la tiza no.” (Rodríguez, 2013: 20)

Considero ya respondida la pretensión de que en la percepción hay inmediatez; avanzo ahora en mostrar que en la interpretación de textos no hay nada que se le parezca a desocultar un sentido dado. Para esto el aporte decisivo de Ricoeur consiste en mostrar el dinamismo de la triple mimesis. Curiosamente, el minucioso análisis de Rodríguez sobre la obra de Ricoeur se detiene justo antes de los libros dedicados a esa descripción. Y esto es importante señalar, porque entonces la distinción que el crítico propone entre sentido co-dado en la percepción y sentido que cambia o aumenta en la lectura, bien puede ser un presupuesto suyo de trasfondo que no está dispuesto, con toda legitimidad, a revisar, pero de ninguna manera es algo que Ricoeur no haya intentado resolver, a mi juicio, exitosamente.

En primer lugar, hay en la obra de Ricoeur una transición inevitable del símbolo hacia la metáfora, configuración eminentemente lingüística, y cuya interpretación tiene que vérselas con el momento inventivo a partir de lo sedimentado: la creatividad regulada. Como es sabido, la teoría de la metáfora que a su juicio puede cumplir mejor este cometido es una teoría de la tensión, pues supera la descripción retórica que sólo ve en ella un tropo decorativo o ilustrativo formado por semejanza. Una noción tensiva, al contrario, parte de la estructura predicativa y asume de lleno que, en un primer momento, la oración metafórica pueda ser entendida como una impertinencia semántica, un absurdo o una contradicción; es más, debería serlo si interpretáramos literalmente su significado.⁴ Se produce, entonces, un viraje decisivo en su concepción de lenguaje por una ampliación en la noción misma de interpretación que, asociada a la metáfora, se vuelve más abarcativa, pues si con la estructura de doble sentido del símbolo podíamos hablar de interpretación reductora e interpretación restauradora (sospecha o escucha),

⁴ Cfr. Ricoeur, 1976: 59-66.

ahora debemos hablar de interpretación literal -que engloba a las anteriores- e interpretación metafórica. ¿Qué hubo entre ambas? Un aprovechamiento del carácter innovador del lenguaje. Restaurar o reducir el símbolo supone siempre dar cuenta del sentido previo, más o menos codificado; interpretar metafóricamente dispone, en cambio, a conseguir la autodestrucción del sentido habitual, reconociendo la contradicción manifiesta, e intentar salvarla mediante una predicación inusual. La interpretación que restaura o reduce supone el dominio de un saber ya instaurado⁵, la que metaforiza se expone al riesgo de no saber, al saber “como” que arriesga y espera. Si la interpretación literal responde al código, la metafórica lo instaura, o al menos trabaja para su invención.

4. La configuración lingüística en los textos.

¿Y qué ocurre con los textos y con nuestra recepción de ellos? Me interesa señalar cómo confluyen buena parte de las preocupaciones anteriores en un tipo de realización lingüística que si bien es modélica para la Hermenéutica en general (hasta un punto tal en que se considera que sólo para el texto cabe aludir a la interpretación, como exégesis), en el caso de la obra de Ricoeur es especialmente destacable, pues con el texto logra explorar una unidad de análisis para cuya interpretación se requiere una relación interna de reenvíos permanentes con el lector y con el mundo que la obra dispone.

¿De qué debería hacerse cargo la interpretación en el caso de un texto? ¿Y en qué medida logramos incorporar aquella relación lingüística que pretendimos con el mundo de la vida según la cual habría que reparar en la tensión ineliminable de sedimentación e innovación y de la que resulta una experiencia del excedente de sentido?

En vistas de esclarecer mejor el aporte hermenéutico, cabe mencionar que con esta descripción se retomará, en otro plano de mayor complejidad -el del lenguaje configurado en textos- la misma dinámica del acontecimiento de sentido que Ricoeur le asigna al lenguaje en general. Así como el sentido no puede ser explicado en términos de “habla”, como simple actualización del código de la lengua -este último virtual- y se requiere postular la unidad de pregunta y respuesta como realización interpretativa que recoge la instancia del discurso en el diálogo; en este caso, en el que no podemos recurrir a esa instancia del cara a cara⁶, no obstante buscamos también determinar el acontecimiento del discurso específico en la interpretación para que nos permita salir del pseudo dilema que consiste en reducir la lectura a una condición virtual, como mero sistema de prescripciones en la obra: el llamado “lector modelo”.

Es imprescindible entonces la pretensión ricoeuriana de aludir al “lector de carne y hueso que, efectuando la función del lector pre estructurado en y por el texto, lo *transforme*” (Ricoeur, 1985: 311). Es decir, así como el lenguaje reducido a sistema de la lengua, como tal virtual, presupone sólo la instanciación de un código fijo, no su interpretación como acontecimiento que innova, el lenguaje de la obra reducido a artefacto depositario de un sistema de estrategias convencionalizadas también puede querer representar un simple caso de un código fijo y saturado, impidiendo así a la interpretación realizarse de otro modo que como simple traducción de lo ya previsto.

Hay una doble condición en toda esta descripción: sin lector no hay texto, sólo artefacto semiótico, pero tampoco sin texto hay lector, es decir, sin la autonomía semántica realizada como proceso de configuración y disponible en potencia para que mi acto discursivo la refigure no hay interpretación posible sino, a lo sumo, pura invención, ejercicio lúdico de auto contemplación bajo la excusa de tratar con un texto. De allí que Ricoeur le exija al lector “perderse” si es que quiere encontrarse, dejarse invadir por la cosa del texto y recién después hallarse, pero transformado.

⁵ Cfr. Ricoeur, 2001: 450-451.

⁶ Cfr. Ricoeur, 1986: 159.

5. Alcance crítico de la interpretación

A modo de cierre resumo brevemente la secuencia que podemos obtener de lo hasta aquí expuesto siguiendo el derrotero integral de Ricoeur: se parte de una concepción de sujeto que requiere la puesta fuera de sí hacia el sentido; sentido sin embargo que no remite nunca a un trasfondo de certeza última sino al desfondamiento progresivo a que nos invita como tarea la constitución en el mundo de la vida. El lenguaje, por su parte, como modalidad privilegiada de lo expresable, es revelador de este aspecto en tanto puede dar cuenta, con su doble condición de acontecimiento y estructura, de esa apertura crítica en el trabajo retrospectivo que pretendiera anclar ilusoriamente en un significado ya concluido. Si el lenguaje es expresión de lo real no lo es por reduplicación de lo dado, al modo de copia, sino por su capacidad de trasladar, transferir, transportar, la experiencia misma de inagotabilidad del sentido que se realiza en el mundo de la vida.

Es cierto que esta caracterización del lenguaje se vuelve más aceptable si nos restringimos al decir poético o a la elaboración metafórica, en tanto son modalidades que radicalizan aquello que no obstante muestra ser un rasgo a recuperar de todo lenguaje: la disponibilidad de lo expresable para ser tratado de un modo no sujeto a la aparente estabilidad de lo mundano, que se lo considera así sólo porque olvidamos su carácter derivado. De allí que no por afirmar la condición irrebalsable de la interpretación constituida lingüísticamente pretendamos la negación de los hechos o su disolución fantasiosa en la inmanencia de la lengua, sino más bien queremos sugerir su dependencia de nuestro modo de interactuar con ellos, lo cual exige atender al diseño de los modos de acceder, a la configuración para volverlos reconocibles. Configuración, a su vez, que recorre todo el arco interpretativo, pues como prefiguración se ofrece en tanto síntesis provisoria del inter juego de sedimentación e innovación en el mundo de la vida, respecto del cual el texto, lo configuración, es una respuesta posible. Y se avanza a partir de él como experiencia -también provisoria- del excedente de sentido, en el acto del lector que se transforma ante el texto.

Por otra parte, un resultado que cabe destacar dado el carácter inferencial de estos procesos cognitivos, es que la imposibilidad de postular un sostén inmediato para la conciencia la obliga a realizar lo que Ricoeur denomina el largo rodeo por las expresiones de la cultura, a partir de lo cual el intérprete pretende reencontrarse, aunque ya transformado; en tanto el trabajo de captación mediado por los resultados en obras, objetos y actos lo muestra ante sí mismo como otro de sí y como posibilidad, como proyecto.

También cabe señalar que forma parte del proceso interpretativo así descripto la sospecha sobre sus resultados, es decir, no se ignoran los efectos distorsivos de la mala comprensión respecto al trato con los mismos objetos, obras y actos, por lo cual el carácter provisorio y conflictivo no es eliminable por completo. De este modo, el postulado de un plus de significado está siempre en tensión con la posibilidad del engaño, y entonces la interpretación debe asumir la tarea crítica de desenmascaramiento. No obstante, insisto, no porque se presuponga una relación de falsa conciencia que disfraza otra genuina, sino, al contrario, porque la tarea de remoción procura entender produciendo la desedimentación de lo estabilizado -la revisión del conjunto de habitualidades- en procura de pensar nuevos modos de habitar el mundo.

6. Conclusión

Si entiendo bien, la posición de Rodríguez puede resumirse de este modo: a) no hay un concepto de interpretación común a la percepción y a la lectura, pero en definitiva porque no hay interpretación en la primera. b) Hay interpretación en la lectura, pero porque estamos ante un sentido ambiguo, confuso, etc.

En consecuencia, el intento de Ricoeur sería infructuoso, pues no logra resolver la equivocidad del concepto cuando pretende aplicarlo a ambos procesos. Ahora bien, si las premisas son correctas ni siquiera podría concluirse en señalar la equivocidad, pues habría un

problema mayor e irresoluble: no puede predicarse la interpretación de la percepción, entonces es inatinerente el concepto para ese caso.

Mi respuesta a todo esto es: a) hay interpretación en la percepción, pues resulta de una inferencia mediada y conjetural, aunque lo suficientemente estable como para ilusionarnos en la certeza o en la pretensión de estar ante un sentido pleno y completo. b) Hay interpretación en la lectura no sólo cuando se constata la ambigüedad. Lo que se produce con esa actividad ante el texto es un proceso comprensivo/explicativo que se retroalimenta y confluye en actos de apropiación por parte del lector, quien en ese proceso se transforma. Con ello, refigura el mundo de la vida ante un producto configurado -el texto-, que a su vez está disponible como una respuesta posible a un mundo de la vida prefigurado.

Para finalizar, hay un concepto de interpretación común a ambos procesos, aunque su configuración sea obviamente distinta. En ambos hay reenvíos permanentes que tienden a estabilizarse, no obstante, de modo provisorio. En ambos se requiere la figuración del sentido: prefigurado, configurado y refigurado, como condición para acceder a él. En ambos nuestra interacción cognitiva y realizativa es conjetural.

Referencias

- Ferraris, M. (1998) *La Hermenéutica*, México D.F., Taurus.
- Gende, C. (2005) *Lenguaje e interpretación en Paul Ricoeur. Su teoría del texto como crítica a los reduccionismos de Umberto Eco y Jacques Derrida*, Buenos Aires, Prometeo.
- Gende, C. (2007) El lenguaje desde la función simbólica en Ricoeur: entre la crítica y la convicción, en Martínez Contreras, J. y Ponce de León, A. (eds.) *El saber filosófico. Tópicos* (pp.120-129), México D.F., AFM y Siglo XXI.
- Ricoeur, P. (1970) *Freud: una interpretación de la cultura*, México D.F., Siglo XXI.
- Ricoeur, P. (1975) "Phénoménologie et herméneutique: en venant de Husserl", en *Du texte à l'action. Essais d'herméneutique II*, París, Seuil, col. points, 1986.
- Ricoeur, P. (1976) *Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido*, México D.F., Siglo XXI.
- Ricoeur, P. (1985) *Temps et Récit III. Le temps raconté*. París, Seuil, col. Points.
- Ricoeur, P. (1986) Acontecimiento y sentido, en *Política, sociedad e historicidad*, Buenos Aires, Docencia.
- Ricoeur, P. (2001) *La metáfora viva*, Madrid, Cristiandad y Trotta.
- Rodríguez, R. (2013) Los sentidos de la interpretación. Una discusión a partir de Paul Ricoeur, en Rossi, M. J. y Beraldi, G. (comps.) *La hermenéutica en el cruce de las culturas: polifonías y reescrituras* (pp. 10-22) C.A.B.A., Argentina, Ediciones Proyecto Hermenéutica.
- Shusterman, R. (1991) Beneath Interpretation, en Hiley, D., Bohman, J. y Shusterman, R. (Eds.). *The interpretative Turn. Philosophy, Science, Culture* (pp.102-128), Ithaca and London, C.U.P.